

Día de Reyes

La estrategia para mantener viva la ilusión infantil ante cómo afrontar la llegada del día de Reyes tuvo que ir afinándose porque conforme nuestros hijos cumplían años las preguntas eran más comprometidas:

- Papá ¿Y cómo han entrado los Reyes a la casa si tú tienes la llave de la puerta de entrada...? ¿Y cuándo lo han hecho si hace un rato los hemos visto por la Avenida?

Días o semanas antes la misma cantinela acosados por los anuncios publicitarios:

- Quiero que me traigan esto, esto y esto... ¡Ah y no te olvides de un saco de dormir, una tienda de campaña, una piscina, un balón y a Pinocho!
- Apunta, apunta, — les respondíamos.



Aún conservo esas cartas como un tesoro, el testimonio de un tiempo irrepetible. Incluso algún año les grabé los gritos de sorpresa cuando al abrir la puerta de la casa y a la vista de los paquetes empezaba el desembalaje y se sorprendían de lo listos que eran sus majestades, que habían caído hasta en los más mínimos detalles.

Pero antes de ser padres, fuimos hijos.

Y siendo hijos “mayores”, de unos 7, u 8 años, dormíamos mis hermanas y yo en una habitación, sin puerta, que comunicaba directamente con el dormitorio de nuestros padres. En una de las paredes un gran reloj de pared marcaba las horas y con las señales acústicas tratábamos de mantener la vigilia, atentos a la entrada de los Reyes.

Nunca pudimos verlos, siempre nos vencía el sueño ayudado por el estado de nervios. Al pié del reloj se amontonaban los zapatos. Pero siempre al día siguiente aparecían los juguetes colocados cuidadosamente junto al calzado. ¡Pero qué inteligentes, formales y organizados eran estos Reyes!—pensábamos.

Años antes de recibirlos en el dormitorio lo hicimos en la salica de estar.

Estábamos advertidos de que esos Reyes vendrían por la calle, pero antes tocarían en la ventana, a continuación en la puerta de entrada tras la del portón, todo en medio de un gran estruendo anunciador. El perro ladraba inquieto. Los cristales de la ventana temblaban, el picaporte del portón retumbaba con sonido metálico en apremiantes repeticiones. La puerta que cerraba el paso a la vivienda era aporraceada como si de un temblor la acometiera



portazo indicativo de que se habían ido.

La Torrecilla, 5 de enero de 2018

Para entonces ya estábamos metidos mi hermana y yo bajo la mesa camilla temblando de emoción y miedo. En ese tiempo nunca vimos a los Reyes. Acertábamos a oír cómo se expresaban en grandes voces, preguntando en sonidos distorsionados si habíamos sido buenos. Aquello duraba poco, pero ¡cuánta intensidad! Finalmente se despedían en medio de recomendaciones, mientras nosotros asentíamos complacientes, esperando oír el